

<https://doi.org/10.55422/bbmp.757>

***Cuentos fantásticos en la España del Realismo.***  
Edición de Juan Molina Porras. Cátedra. Letras Hispánicas.  
2006. 440 pags

La literatura fantástica está siendo cada vez más objeto de atención en los trabajos sobre literatura española, con un significativo hito como fueron los estadios de Vicente Risco, *Literatura y fantasía* (1982) y *Literatura fantástica en lengua española* (1987). Desde entonces diversos autores han abordado el tema de lo fantástico, con mención especial para la fundamental obra de David Roas, *Teorías de lo fantástico* (2001). Al cuento fantástico del romanticismo le ha dedicado Montserrat Trancón Lagunas un estudio, *Prensa y cuento fantástico en el Romanticismo español* (1991) y una antología, *Relatos fantásticos del Romanticismo español*, (1999). De la misma manera se han realizado diversas antologías sobre los relatos fantásticos españoles como son las realizadas por A. Martínez Martín en 1990 (*Antología española de literatura fantástica*), Nil Santiáñez-Tió en 1995 (*De la luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia-ficción española*), Alan Smith en 1996 (*Cuentos fantásticos* de Benito Pérez Galdós), Ildefonso Salán Villasur en 2001 (*El esqueleto vivo y otros cuentos trastornados. Antología del relato fantástico español del XIX*) y David Roas en 2002 (*El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX*).

A la vista de los títulos citados es evidente la especial relación que han encontrado investigadores, estudiosos y antólogos entre la literatura fantástica y el cuento. Un paso más en el estudio de esa íntima relación, es la presente antología de Juan Molina Porras que investiga y bucea en busca de cuentos fantásticos en una época, en que, aparentemente, no hay muchas probabilidades de desarrollo de este tipo de relatos. Y digo aparentemente por que la brillante introducción de Molina Porras pone claramente de manifiesto la existencia de una línea de literatura y cuento fantástico a lo largo de los años en los que se desarrolla la novela realista española.

Molina Porras se plantea el quehacer literario de esos años desde una perspectiva integradora y no generacional: es decir no se limita a la generación realista sino que se detiene en la producción cuentística de los años en los que la novela realista se desarrolla y florece, años en los que también van a escribir escritores como Antonio Ros de Olano que pertenece, en puridad, al Romanticismo o Luis Valera, el hijo del autor de *Juanita la larga*, cuyo nacimiento le hace estrictamente contemporáneo de los escritores del Modernismo y 98. De esta forma el cuento más antiguo que aparece en la antología es *Historia verdadera o cuento estrambótico que da lo mismo*, escrito en 1869, unos años después de la *Gloriosa*, cuando aún no han aparecido las grandes novelas del realismo español, y los más modernos son los dos que aparecen de Luis Valera: *La esfera prodigiosa* (1903) y la *Historia del rey Ardido y la princesa Flor de Ensueño* (1905), sa-

lidos a la luz en unos años en los que los realistas van lentamente apagándose. Entre ambos extremos se sitúan *La hierba de fuego* de José Fernández Bremón (1874), *Mr. Dansant, médico areópata* del mismo autor (1879), *Año Nuevo* de «Silverio Lanza» (1883), *Cuento futuro* de «Clarín» (1886) *La muerte de Capeto* de Vicente Blasco Ibáñez (1888), *Celín* de Benito Pérez Galdós (1889), *La santa de Karnar* de Emilia Pardo-Bazán (1891), *La buena fama*, de Juan Valera (1894) y *Teitán el soberbio* de Nilo María Fabra (1897). Doce relatos que representan las diferentes tendencias y direcciones que Molina Porras encuentra en los relatos fantásticos españoles de los años del realismo.

Comienza el antólogo estableciendo la importancia del Romanticismo para la génesis y desarrollo de la literatura fantástica española, si bien deja claro que no es propiamente su iniciador: «Ni la literatura fantástica surge estrictamente con el romanticismo, ni [...] morirá con él. Cabría considerar este movimiento artístico como una espoleta que aceleró el proceso» (12). Aborda a continuación el problema del mantenimiento de una literatura imaginativa como es el cuento fantástico dentro de la España del realismo, mantenimiento que, insiste el antólogo, es más cuantioso de lo que en un principio se pudiera pensar. Aparte de la propia necesidad de la fantasía y de la imaginación que el hombre siempre tiene (y sobre las que ya a principios del siglo XIX ya reflexionaba José María Blanco White), llama la atención Molina Porras sobre el éxito que había cosechado este tipo de literatura en la primera mitad del siglo y que incitaba a los autores a proseguir por ese camino así como la presencia en la segunda mitad del siglo de autores como Selgas o Ros de Olano que seguían escribiendo desde presupuestos románticos.

La definición de la literatura fantástica o de lo fantástico en literatura es una cuestión compleja, como se puede comprobar en las *Teorías de lo Fantástico* de David Roas que arriba he citado. Molina Porras acomete el problema evitando las excesivas rigideces de muchos teóricos, pero consciente también de poner unas elementos caracterizadores claros al servicio de un rótulo tan discutido como el de «lo fantásticos» y más concretamente el de «cuento fantástico». Considera nuestro antólogo que los elementos básicos que debe tener un cuento para ser considerado fantástico son dos: la descripción de un mundo básicamente realista, cercano a la experiencia vital del lector por un lado, y la irrupción violenta de un hecho o fenómeno que destruye esa visión del mundo.. Como resume el antólogo: «el relato fantástico es aquel que narra la irrupción de fenómenos inexplicables y subvierte la visión positivista del mundo. Al mismo tiempo contiene una descripción de éste que respeta las reglas de la verosimilitud realista y traslada a los lectores la inquietud que anida en el focalizador que percibe los hechos sobrenaturales. Esa inquietud acaba por convertirse, casi siempre, en miedo o temor». (25). Molina Porra estudia como «modelo y paradigma del relato fantástico decimonónico de nuestras letras»

(20) a *La mujer alta* de Alarcón, a la que no incluye en su antología por la abundancia de ediciones en las que aparece el relato, y a través de ese estudio vas desgranando las características y particularidades del cuento fantástico español, tomando el término fantástico, en esta ocasión, en un sentido estricto. Para ilustrar esa categoría de cuentos (pues incluye otras clases en su antología) Molina Porras ofrece cuatro ejemplos, los relatos de Blasco Ibáñez y Pardo-Bazán, *La hierba de fuego* de Fernández Bremón y *La esfera prodigiosa* de Luis Valera.

Consciente, sin embargo, el editor de que la estricta definición de fantástico deja fuera a muchos relatos de esos años en los que la imaginación juega un papel fundamental, presenta otros cuatro clasificaciones en las que se incluyen cuentos que no pueden considerarse propiamente fantásticos: cuentos oníricos y alucinatorios, cuentos de ciencia ficción, cuentos grotescos y cuentos maravillosos. En el primer grupo incluye Molina Porras no sólo a los cuentos en los que la explicación de lo fantástico se produce por tratarse de un sueño sino también aquellos cuyos elementos fantásticos no son sino alucinaciones o desvaríos de un personaje fuera de su recta razón. Los relatos de Galdós (para los sueños) y «Silverio Lanza», (para las alucinaciones), respectivamente, son testimonio de esa tendencia. Ejemplos de ciencia ficción son dos cuentos muy diferentes: uno de un escritor tan célebre como Clarín y otro de una tan desconocido como Nilo María Fabra, un autor que ofrece como característica distintiva estar «dedicado casi por completo al género de ciencia-ficción» (35). No sorprenderá a los lectores de Ros de Olano que uno de sus relatos aparezca como ejemplo de los cuentos grotescos, puesto que será, probablemente, este autor el más caracterizado representante de este tipo de modalidad literaria en nuestra lengua. A este cuento se añade, dentro del grupo de los grotescos, el segundo en de Fernández Bremón que aparece en esta antología. Como representación del cuento maravilloso aparecen sendos relatos de los dos Valera, padre e hijo. Como indica el antólogo este apartado de los cuentos fantásticos está al final del volumen porque a la largo del transcurso de la antología, las categorías de los cuentos se han ido alejando cada vez más de la verosimilitud que tan necesaria se entendía en los cuentos fantásticos del grupo inicial. La característica más básica de los cuentos maravillosos es precisamente ésa, la despreocupación, total y absoluta, por la verosimilitud del relato. Ambos autores, plantean recreaciones cultas de relatos de origen tradicional, escritas por dos autores, uno de los cuales siempre rehuyó el estricto realismo, cuando resultaba desagradable, mientras que el otro, perteneciente ya a la sensibilidad modernista, prescinde por completo de la descripción del mundo real.

El resultado de la antología es el conocimiento, en muchos casos descubrimiento, de un ramillete de cuentos, algunos de los cuales de casi imposi-

ble localización para el lector de hoy en día, que demuestran la existencia durante la segunda mitad del XIX español de una corriente literaria, ignorada durante mucho tiempo que dejaba pasar a lo más irracional de la naturaleza humana. Corriente no exclusiva de la literatura española, como indica Molina Porras: « Se advertirá que sigue presente la influencia de Poe, que Maupassant no es un desconocido, que ya se lee con interés a Verne o a Wells, que los cuentos tradicionales continúan siendo una fuente inagotable para nuestros narradores, que el naciente modernismo ya deja su impronta, etc. Es decir que, con mayor o menor retraso en la asimilación de nuevos géneros o tendencias, la historia literaria del siglo XIX español corre paralela a la europea».

La cuidada anotación de los relatos y la información sobre los autores más desconocidos que aparecen en este volumen complementan el indudable valor de esta antología que da luz a uno de los rincones más oscuros (y valga aquí la doble significación) de nuestra literatura

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
UNED CANTABRIA./ I.E.S. ALBERTO PICO. SANTANDER